

# REFLEXIONES PARA LA SOLIDARIDAD Y LA ESPERANZA

REFLEXION

3



---

ARZOBISPADO DE SANTIAGO – VICARIA DE LA SOLIDARIDAD  
Secretaría de Comunicaciones  
Plaza de Armas 444 – Casilla 30 D – Santiago de Chile

---

---

## PROLOGO

---

Hay verdades que sacuden. Hay hechos que provocan reacciones profundas, para mejorar a las personas o para encontrarlas en el mal.

Es la ambigüedad ineludible de todo acontecimiento humano, a la que se sometió el mismo Jesucristo. Frente a los mismos hechos, hubo quienes se "convirtieron" y hubo quienes se "encontraron en contra".

Jesucristo nació para ser piedra de escándalo para los que se pierden, y "camino, verdad y vida" para los que se salvan (San Pablo).

La constatación del dolor y del sufrimiento, sobre todo social, cuando lleva involucrada una tácita acusación, una insoslayable denuncia, provoca también reacciones encontradas: la actitud humilde y servicial del Samaritano, que se mueve a "compasión" y acude a fraternizar con el necesitado con su comprensión y amor, y la actitud de orgullo que endurece más las propias conductas y que pretende justificarse ante la tácita o abierta acusación que los hechos o las palabras provocan en la propia conciencia "despertada" de su letargo. El "darse cuenta", el "abrir los ojos" es siempre explosivo: la verdad, la luz, provoca de todas maneras un cambio, para bien, —y se llama conversión—, o para mal, —y se llama perversión—.

El riesgo de conocer la verdad consiste en que ella no deja las cosas como antes. La verdad exige siempre tomar nuevas decisiones, para bien o para mal. Es la responsabilidad dramática de cada ser humano.

Esteban Gumucio, abnegado sacerdote y pastor de la Zona Sur del Arzobispado de Santiago, vice-párroco en la parroquia San Pedro y San Pablo de la Población Joao Goulart, da testimonio de lo que está viendo desde hace nueve años, en contacto con la miseria y el dolor de nuestras poblaciones obreras y nos presenta sus reflexiones sacerdotales para

despertar nuestra conciencia cristiana y lograr que sea verdad lo de Jesucristo: "lo que hicisteis por el más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hicisteis", y nos advierte del peligro que nos incumbe por el reverso de la misma afirmación divina: "lo que no hicisteis al más pequeño de mis hermanos a mí tampoco me lo hicisteis".

Este folleto debe ser leído por entero. El quedarse en una frase o en una página puede "endurecer el corazón" y provocar reacciones negativas semejantes a las de los fariseos y escribas. En cambio, meditar el "todo" puede convertirnos y cambiar el corazón para amar más.

Amigo lector: léelo con amor, con el corazón abierto. Dios te puede hablar directamente por estas páginas.

Están escritas más para los que "tienen" que para los que "no tienen" y que ya conocen en carne propia la verdad de lo que aquí está escrito.

Si tú "no tienes", te sentirás feliz de ser comprendido en tu dolor y en tu humillación, y que alguien, muchos, piensen en ti para aliviarte y salirte al encuentro con una caridad samaritana, fraterna y enaltecida.

Si eres de los que "tienen", no importa si tú o los demás juzgan mucho o poco, pero eres de los que "tienen", (plata, seguridad, poder, éxito, cultura, prestigio...) te sentirás con la tentación de endurecer el corazón y de gritar "es falso, es exagerado, siempre fue así, estos agitadores... que sublevan al pueblo... (Lucas 23,4: "está alborotando al pueblo,"), pero también con la invitación humilde a cambiar y acercarte más a la verdad, aunque duela y nos deje "intranquilos", "inquietos", pero con más "hambre y sed de justicia".

Te invito a leerlo con el corazón abierto y limpio, y a transformar la "tentación" en "invitación".

La Verdad nos hará libres (Juan 8,32).

† Gustavo Ferraris del Conte  
Vicario Episcopal de la Zona Sur  
Arzobispado de Santiago

- 1. el cansancio de los pobres**
- 2. parábola de ricos y pobres**
- 3. los maestros cesantes**
- 4. la fuerza de la esperanza**



# 1. EL CANSANCIO DE LOS POBRES

Algunas publicaciones, como las revistas *Ercilla* y *Mensaje*, han hecho esfuerzos considerables por mostrar el grado de cesantía y miseria en que se debate la población de los pobres en nuestra patria. Ahora mismo hemos escuchado interesantes estudios en que se detallan los porcentajes de desnutrición y cesantía y se nos proporcionan elocuentes estadísticas. Pero lo que ninguna estadística puede consignar es la hondura moral y el sufrimiento de los pobres, el grado de destrucción moral que significa la miseria y la prodigiosa fuerza de vida insospechada que brota en el corazón de los pobres en medio de sus humillaciones. La miseria es como un inmenso desierto, que va destruyendo con su arenal lo que antes era pradera; pero siempre queda la semilla esperando la primavera. Y de repente, el desierto florece donde tal vez nadie ha pasado el arado.

Yo quisiera contar sin mucho orden las sombras y luces de los pobres de hoy. Quisiera hacerlo con el máximo de respeto y con las evidentes limitaciones que tiene una experiencia de vida hecha por un sacerdote que habla de los pobres y desde los pobres sin haber logrado todavía ser auténticamente uno de ellos.

Empezaría mi tema con una frase muy expresiva que salió de boca de una señora muy humilde cuando estábamos preparando una reflexión en la Parroquia: "Yo creo, dijo, que cuando el estómago está vacío, el amor se cansa"...

Voy a hablar del cansancio de los pobres, de sus múltiples cansancios y, en especial, "del amor que se cansa".

---

## 1. EL CANSANCIO DEL AMOR

---

Primero está el cansancio físico, la extenuación del cesante hambreado que fue a la empresa y le dijeron que volviera otro día a buscar su libreta y que volvió a ir una y otra vez para los papeles de cesantía y volver a ir para encontrar a la asistente social y hacer cola en la caja, o volver y volver con la esperanza de ser readmitido y después ir al SENDE y a la Municipalidad con la esperanza de ser enrolado en el trabajo mínimo. Y mientras tanto, las largas caminatas a pie para vender

el aparato de radio o dos tenedores y un alicates y salir a buscar "pololos"... Recuerdo el caso de un trabajador de una industria química, obrero especializado, con un lindo hogar. Un día ese hombre de 45 años se puso a llorar en mi oficina: llevaba cuatro meses cesante, venía llegando de Talagante, a donde había ido con la esperanza de encontrar ayuda de familiares campesinos. El dinero alcanzó sólo para ida: la vuelta la hizo a pie. Sus familiares estaban peor que él. Lloró de humillación y cansancio.

El cansancio de la madre, de esa madre que se priva de todo porque "una comprende y se aguanta; pero los niños, no..." y hay que lidiar con la casa, hacer uno o dos lavados de ropa ajena, escasos, sólo dos veces por semana, ahorrando la locomoción para poder traer cuatro pesos o cinco o a lo más diez y con eso batírselas toda la semana. Ahora "ya no sabe lo que pasa", pero no tiene ánimo, está rendida. Pienso en la señora X que se va todas las semanas desde el paradero 18 de Santa Rosa hasta el hospital Psiquiátrico. Lo único que le da fuerza es que su pobre hijo loco la espera y ella tiene que ser ese único rayito de luz para el enfermo. Se va y se viene a pie cuando no se atreve a pedir que la lleven gratis en bus. Si fuese escultor, ella sería mi mejor modelo para personificar el cansancio.

Podrían pensar ustedes que ese cansancio afecta sólo a una que otra persona; pero, en realidad, es un fenómeno de mucha más vasta proporción, y esta afirmación me obliga a poner en duda el índice de cesantía que es posible calcular para las estadísticas. Me imagino que para calcular la cesantía se parte del número de trabajadores que cesan en su trabajo contratado y del crecimiento vegetativo de la población en edad escolar, y estos dos factores, considerados en relación con el total de la población de la ciudad, provincia o país.

Pero la situación real de nuestros barrios pobres añade dos factores que parecen de consideración: el primero es que la cesantía afecta en forma intensiva a los pobres que se concentran en poblaciones marginales. En esas verdaderas ciudades de 250 mil o 300 mil habitantes como "La Granja" o la "José María Caro" y sus alrededores, el índice de

cesantía es incalculablemente más alto que en provincias. En uno de los campamentos insertos en nuestra Parroquia hay varias manzanas de 25 viviendas cada una donde sólo tres o cuatro adultos tienen trabajo estable.

Como es fácil imaginar, el tradicional amortiguador del hambre que era acudir a la vecina "convídemme un octavo de azúcar", "présteme un poquito de té", ya no es posible. El segundo factor lo constituye el trágico enrarecimiento del mercado de "pololos" que me imagino ningún economista podrá tomar en cuenta por ser absolutamente incbn-trolable.

Siempre ha habido en Chile una población de subtrabajadores, cuya fuente habitual de sustento es el trabajo inestable de los "pololos". Este es bajísimo y el poco que hay se ha desplazado hacia trabajadores cesantes de mayor nivel de especialización. Para arreglar cañerías de su casa, evidentemente usted preferirá a un maestro gasfíter que le muestra una tarjeta de ex contratado en "Neut Latour" que a un maestro chasquilla.

El nivel de desesperación, cansancio y acorralamiento de los trabajadores en pololos cesantes es tal que un grupo pequeño de conocidos míos se iban a pie hasta los flancos de la Cordillera para instalar "huachis" para la caza de conejo. El frío de las noches pasadas a la intemperie y el toque de queda los hizo regresar antes de cinco días. Me contaban que se habían comido tres conejos asados al palo. Traían una liebre para comerla con la familia y cuatro pieles para vender. Pero ya la disgresión resulta demasiado larga. Hablaba del cansancio físico por extenuación. Si hay aquí algún profesor de Escuela Básica o de Liceo de nuestras zonas obreras, podrá confirmar hasta qué punto este cansancio afecta a los niños y adolescentes en sus rendimientos y hasta en sus juegos.

---

## 2. EXTREMA POBREZA

---

Pero hay otro cansancio proveniente de la extrema pobreza que me parece aún más drástico. Es ése que la señora llamaba "el amor se

cansa. . .”

Se cansan los amores fundamentales: **el amor a la vida**. Cuántas veces he escuchado esa frase que me produce escalofríos: “Padre, a veces he pensado que lo mejor sería morirme yo con mis hijos”. Pienso en la madre que llevaba cinco días dándole mamaderas de agua de té con o sin azúcar.

Se cansa el **amor conyugal o familiar**, porque la miseria amenaza a la familia entera por todos los flancos. Amenaza al varón, jefe de familia, en su dignidad de trabajador. La virilidad de un hombre de trabajo es un sentimiento que está unido a toda una armónica de valores que se derrumban. En una sociedad machista como la nuestra, el varón que no es capaz de sustentar a su familia es un hombre disminuido. Un trabajador de fábrica o empresa que se siente incorporado al ámbito del trabajo, a los compañeros, a los problemas laborales. Son su temática. Es el mundo que lo valora a los ojos de la esposa y de los hijos. Es la base de sustentación de una cantidad de reglas tácitas y costumbres que modelan el sistema de vida del hogar y crea un sinnúmero de pequeñas interrelaciones y mitos: el sábado tiene derecho de ir al fútbol o a tomar una cerveza; en días de semana alguno de los hijos le lleva el almuerzo a la industria, en la casa tiene derecho a llegar cansado y a que lo dejen dormir tranquilo; cuando la cesantía se instala, se ve reducido a ser un estorbo más para la esposa. La humillación interior la deriva en una actitud de nerviosismo, de aburrimiento y de brusquedad. La tensión que crea a su alrededor hace que su presencia sea odiosa. Dentro de esta misma concepción queda afectado el rol de la madre: la mujer se siente agobiada, además de todo lo que significa la crianza de los hijos y el trabajo de dueña de casa, debe asumir el rol de sustento para el hogar. Debe conseguir alimento, lo cual la hace ausentarse. Hoy es frecuente encontrarse con que la casa funciona a cargo de una hija de 13 años que para ello abandona la escuela. Padre y madre comienzan a vivir obsesionados por la tentativa de un trabajo que después de dos o tres meses se torna inalcanzable. . . La familia entera se desmoraliza.

En una reunión de jóvenes pude darme cuenta hasta qué punto ellos

sentían una especie de culpabilidad por sentirse carga para sus padres. Veían cómo la madre reprochaba con su actitud y palabras la situación del papá, veían que llegaban a pelearse, mientras ellos asistían al liceo, impotentes de poder ayudar. Seguir estudiando les parecía un lujo y la alternativa de un trabajo: un imposible.

Pienso que muchos jóvenes hoy día se ven obligados a una maduración precoz, atravesando los que deberían ser alegres años juveniles, en medio de frustraciones de todo orden, empezando por la carencia de libros, de dinero para poder divertirse, de alimentos para llegar a estudiar con un mínimo de estimulación física, o dedicados a emplear el día en algún trabajo de cuarto orden para mantener a sus padres y hermanos.

Con semejante reparto anímico de personajes, ciertamente el hogar fácilmente pierde calor y deja de cumplir su función de seguridad y acogida. La miseria fabrica huérfanos: el amor se cansa.

Para terminar estos brochazos sombríos acerca de la pobreza extrema, no puedo callar otra situación que amenaza con destruir por cansancio otra dimensión del amor: es el amor a la comunidad, el amor que hace participar solidariamente en la búsqueda del bien común con la comunidad. La experiencia que estos 11 años vividos en una población me han hecho ver cómo y en qué grado la maduración y equilibrios de la personalidad de los trabajadores y sus familias se deben en buena medida a su participación en las organizaciones comunitarias, llámense sindicatos, centros, clubes, movimientos, etc...

La participación crea un esfuerzo increíble en el afianzamiento de las personalidades. Lo hemos visto en la eclosión de infinidad de organizaciones poblacionales tales como centros de madres y en organizaciones laborales de larga trayectoria en Chile.

La condición de miseria y de temor retraen al hombre y a la mujer. Esa corriente generosa que va hacia los demás para dar y recibir queda ahorcada. El extremo de riqueza hace al hombre individualista, encerrado en su pequeño mundo. De hecho muchas casas-islas de los barrios más económicamente desarrollados son un buen signo de la incomuni-

cación de sus moradores; pero también la extrema pobreza es capaz de hacer por carencia lo que suele hacer la riqueza por demasía.

La miseria y el temor tienen vergüenza de aparecer y son primos hermanos del silencio. Al cesante no le cabe participación en su sindicato; ya no quiere ser visto por sus compañeros de trabajo o de ideales. Sin dinero para poder siquiera movilizarse, no le queda otro campo sino el deportivo en su propio lugar. Con la juventud pasa también lo mismo: vedado el campo político, controlada por autorización previa toda iniciativa de reunión, queda reducida al "esférico" o a los pequeños grupos que fácilmente caen en el alcoholismo o las drogas.

Muchas otras consideraciones sobre las sombras de la pobreza podríamos añadir a este panorama ya tristemente sombrío; quiero ahora abordar las luces que se encienden en medio de los pobres.

---

### 3. LAS LUCES DE LA ESPERANZA EN MEDIO DE LOS POBRES

Lo primero que llama la atención es cómo ha surgido por animación de la Iglesia o bajo el alero de la Iglesia una increíble proliferación de servicios solidarios entre los más pobres.

En la sola Parroquia donde me toca trabajar funcionan hoy día 13 comedores infantiles, un jardín infantil enclavado en un campamento, un centro de salud o policlínica parroquial, un club de recuperación de alcohólicos, 16 equipos de Ayuda Fraterna, un servicio de consultoría familiar y un servicio jurídico, 9 grupos o comunidades juveniles, tres comunidades cristianas de adultos.

Para valorar lo que significan, tenemos por ejemplo los comedores infantiles. En la Zona Sur del Arzobispado correspondiente al territorio comprendido entre las calles San Joaquín por el Norte, San Bernardo por el Sur, Vicuña Mackenna por el Oriente y Cerrillos por el Poniente, hay 76 comedores infantiles con 5.080 niños atendidos. Todos estos comedores son atendidos y organizados por pobladores del mismo lugar.

Lo peculiar de esta experiencia comunitaria está justamente en la extraordinaria capacidad de solidaridad que brota de los mismos pobres.

Yo creo que literalmente se vive en muchos de ellos lo que los Hechos de los Apóstoles nos cuentan de la primera comunidad cristiana, que ponía sus bienes en común.

Como anécdota: un día, en la Misa Dominical recibí un paquetito de un octavo de azúcar más o menos: era el fruto de una cucharada menos de azúcar en el desayuno de una familia bastante pobre. Así cooperaron los niños de esa familia.

Pero más allá de las dádivas, está la conciencia que se va despertando a través de una acción mancomunada y de una reflexión en común. El ecumenismo que no habíamos podido realizar a nivel de confesiones, se da espontáneamente en este diálogo de la caridad a propósito de una acción en común.

Por último y para terminar: si bien es cierto que la miseria en sí misma es un mal de hombre y una consecuencia del pecado; también es cierto que el misterio de la Cruz siempre actual y presente tiene un dinamismo y unos caminos que van más allá de todas las previsiones humanas.

San Pablo decía: "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Conforme está escrito: por tu causa somos entregados a la muerte todos los días, fuimos considerados como ovejas para el matadero. Sin embargo en todas estas cosas vencemos plenamente por medio de Aquél que nos amó. Pues estoy firmemente convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni poderes, ni altura ni profundidad, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo, Jesús, Señor nuestro".

Yo diría que esas palabras del Apóstol Pablo encuentran hoy entre los pobres una increíble y admirable realidad: en el momento mismo en que la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro y la espada se dejan caer sobre ellos, el Amor, y no el odio, despierta en el corazón de muchos la conciencia de que la vida vale la pena en la medida en que se abre a Dios y se pone al servicio de los demás en defensa permanente del más pequeño, del más pobre, del injustamente

agredido.

No estoy haciendo lirismo: Yo creo que la esperanza de una sociedad más justa, la conciencia de la dignidad de las personas y el sentido de unos derechos que todos los hombres tienen, con la experiencia de la cruz vivida muy concretamente en las humillaciones de la pobreza, adquieren una hondura y una apasionada serenidad que ni ángeles ni poderes ni ninguna otra cosa creada podrá jamás aplastar.





**“...una comprende  
y se aguanta,  
pero  
los niños, no.” /**

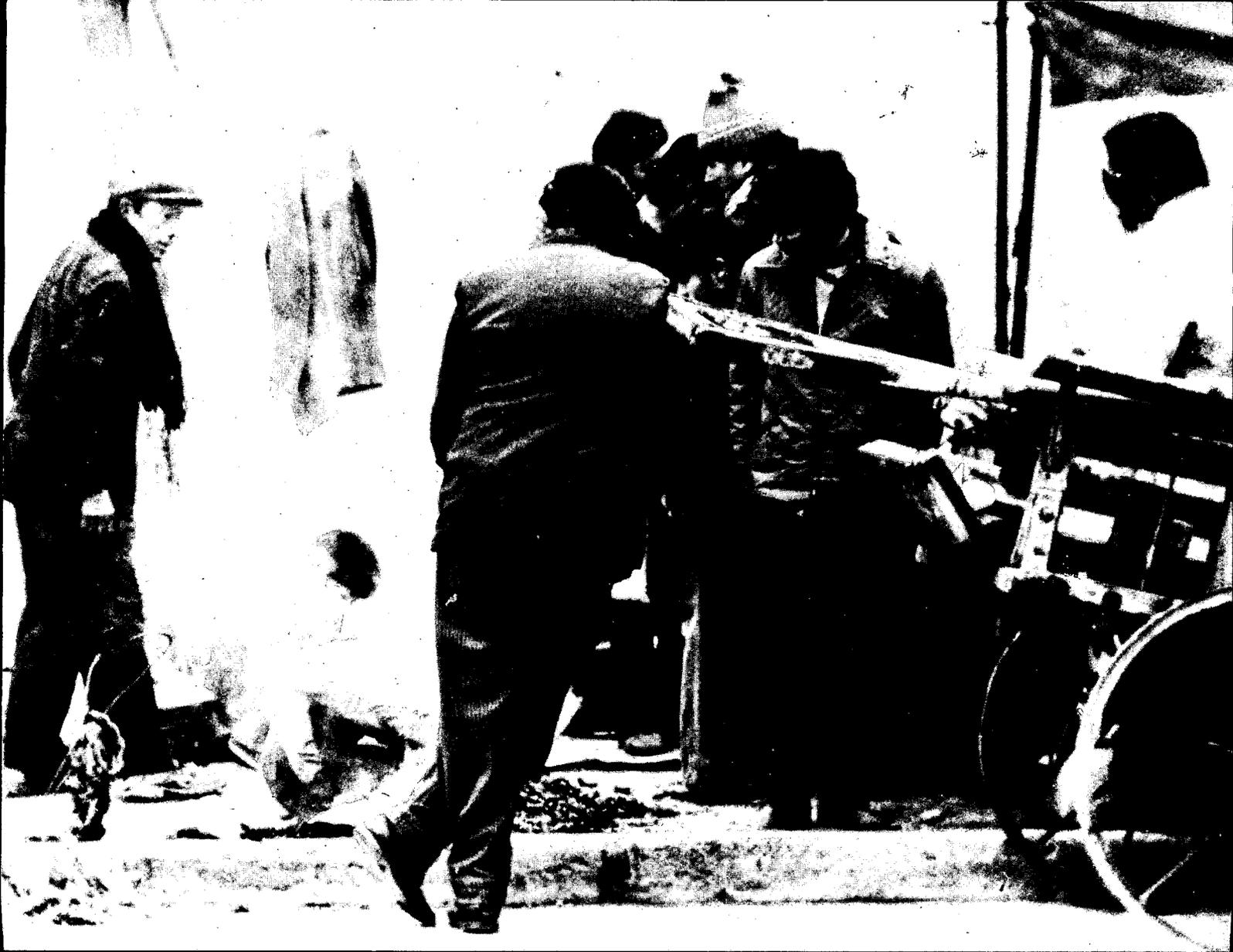




**COMIENZAN A  
VIVIR OBSESIONADOS  
POR LA TENTATIVA  
DE UN TRABAJO**



**LO QUE NINGUNA ESTADISTICA  
PUEDE CONSIGNAR**





**“la miseria  
fabrica huérfanos,  
el amor se cansa...”**





**no temáis:  
os anuncio  
una gran  
alegría  
que lo será  
para todo  
el pueblo.**

**lucas 2.9.**



# 2. PARABOLA DE RICOS Y POBRES

**“...esperaba el pobre  
poder comer  
de las sobras  
del rico...”**

Si los ricos del mundo siguen permitiendo que a las puertas de sus casas miles y miles de pobres vivan en la miseria más completa, "se asarán para siempre en los infiernos". Son palabras de Jesús y no de un cura "marxista".

Dice Jesús: "Había una vez un hombre rico que vestía de púrpura y de lino y que se banquetaba todos los días. Junto a la puerta de su mansión había también un pobre, llamado Lázaro, cubierto de llagas, que los perros venían a lamer. Esperaba el pobre poder comer de las sobras del rico".

Permítanme ustedes hacer un comentario ingenuo de esta parábola del Señor.

Los dos personajes existen también hoy día. Tal vez no visten los ricos púrpura y lino; tal vez no se banquetan todos los días. No visten de púrpura porque ya pasó la moda de la púrpura y en vez de lino es más práctico el nylon. No se banquetan todos los días, porque no les alcanza el tiempo. Están tan ocupados en sus operaciones comerciales que suelen enfermarse de úlceras y se ven obligados a seguir régimen alimenticio especial. No está en eso la riqueza de los ricos: está en el poder que ejercen, está en la opulencia de sus vidas, está en la seguridad que tejen a su alrededor; está en la acumulación de bienes de la tierra, está en la posesión desenfrenada.

El rico Epulón tiene de todo en abundancia; gasta en sus caprichos lo equivalente al sueldo de 15 ó 20 trabajadores.

El rico Epulón es también el país rico, bien desarrollado, que malgasta en un cohete lunar o en un super-avión el equivalente al presupuesto total de un pobre país del Tercer Mundo.

A las puertas de los ricos, al lado de afuera, están los pobres, condenados a vivir de las sobras de los ricos. No faltan ni las llagas ni los perros.

Epulón cree que basta cerrar la puerta y entreabrirla de vez en cuando para alargar las sobras a Lázaro. Es cuestión de sacar el brazo sin asomar la cabeza. Epulón no quiere enfrentar la mirada del pobre, y Lázaro tiene vergüenza de pedir. Así es más fácil, las cosas siguen

igual...

A las puertas de la ciudad anidan los pobres. La puerta está cerrada. Están tan cerca y tan lejos de los ricos. ¿Se han acostumbrado a esperar las sobras? ...

Continúa Jesús: "Murió el pobre y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado. Estando en los infiernos donde sufría mucho, levantó el rico los ojos y vio a Abraham, y junto a él a Lázaro. Entonces exclamó: Padre Abraham, ten piedad de mí que me aso en estas llamas. Envía a Lázaro para que mojando la punta del dedo refresque con ella mi lengua. Respondió Abraham: Hijo, acuérdate de que en vida tú recibiste bienes, en cambio Lázaro recibió males, ahora él es consolado y tú atormentado. Por lo demás, un abismo se ha abierto entre tú y nosotros, de manera que no se puede pasar de donde vosotros hasta nosotros, ni de acá para allá" (Lucas 16, 22-26).

A la hora de la verdad, se muestra el juicio de Dios. La vida del rico inmisericorde ha dejado afuera a Dios, al otro lado de su puerta, junto con Lázaro. Epulón se ha cortado de Dios; ahora queda él marginado de la gran hermandad. Epulón se ha separado del pobre; ahora no puede ya cruzar el abismo que él mismo ha abierto entre su definitivo egoísmo y el Amor con mayúscula. "No se puede pasar de donde vosotros hasta nosotros"...

En los días de su ceguera, el rico decía en su corazón: "no se puede pasar desde donde ustedes los pobres hasta nosotros. No ven que no alcanza para todos... Lo siento mucho, pero así son las reglas de la economía..."

En los días de su humillación, lloraba el pobre gritando: "ten piedad de mí que quiero trabajar, ten piedad de mí y págame justo salario, moja siquiera la punta de tu dedo para refrescar con ella mi lengua"; ahora es el rico que grita "Padre Abraham... que me aso en estas llamas, envía a Lázaro para que mojando la punta de su dedo refresque con ella mi lengua..."

Respondió Abraham: "Hijo, acuérdate de que en vida recibiste bienes, en cambio Lázaro recibió males".

Pero, ¿qué había hecho de malo el rico? ¿Qué culpa tenía de haber nacido rico?

Si no hubiera habido pobres cerca de él, no habría tenido culpa en disfrutar de sus bienes solo con sus parientes y amigos; pero a la puerta de su casa estaba Lázaro, pariente y amigo de Dios; y no hubo lugar para éste en la mesa. Se olvidó Epulón que el dueño de la mesa y de los manjares es el Señor, el que hace brillar el sol para todos, el que ha dispuesto la cena para todos sus amigos y parientes, para todo el género humano. Cuando Epulón se apropia de la cena común, le roba a Lázaro su derecho de cuchara y tenedor, se convierte en un ladrón con púrpura y todo...

Lázaro pedía las sobras; tenía derecho a un sitio. Es la diferencia que existe entre limosna y justicia.

"Dijo entonces el rico: te ruego, Padre, que lo envíes a mi casa, donde mis cinco hermanos, para que les rependa severamente, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormento. Respondió Abraham: Tienen a Moisés y a los Profetas; que los oigan. Pero el rico insistió: Padre Abraham, si algún muerto fuere donde ellos, harán penitencia. Abraham contestó: Si no oyen a Moisés ni a los Profetas, tampoco creerán a un muerto". (Lucas 16,19).

"Tienen a Moisés y a los Profetas; que los oigan". Hay maneras de tener a Moisés y los Profetas que no dejan oír su voz. El rico inmisericorde se entretiene en discurrir qué entiende Moisés por "pobre" y se pregunta si el concepto de "pobre" es tan amplio y espiritual que sirve de adjetivo tanto para Epulón como para Lázaro. Los cinco hermanos de Epulón son capaces de organizar un grupo de reflexión para estudiar la pobreza en los Profetas. Discutirán si la pobreza es condición sociológica o anímica, si todo hombre es pobre, si puede haber ricos pobres y pobres ricos, y cuando ya la asamblea se sienta satisfecha de haber logrado cierta claridad, la reunión termina por falta de tiempo. Se quedan sin oír a los Profetas.

"Si no oyen a Moisés ni a los Profetas, tampoco creerán a un muerto". Preferirán sus teorías, seguirán estimando que son más impor-

tantes las armas que los porotos, continuarán aceptando tranquilamente, como si tal cosa, que haya unos países de primera y otros de tercera, mundo desarrollado y Tercer Mundo, ricos y pobres.

Están equivocados. Están cavando un abismo.

Por eso Cristo ha venido a invitarlos, porque son pecadores, para que se conviertan. En realidad, "no saben lo que hacen".

Mientras hay tiempo, es preciso salvar el abismo, acortar las distancias, compartir la mesa común en amor y justicia.

---













**3.**

**LOS MAESTROS  
CESANTES**

"No insista, no hay trabajo"

Están sentados allí clavando silencio, los maestros carpinteros.

"No insista, no hay trabajo".

La madera grita. Las manos duras se miran y se frotan.

Puerta de roble, puerta de pino: desesperante silencio de los martillos.

"¿Pero cómo que no hay trabajo? ... Dicen que van a contratar gente... oiga... pero si a lo mejor..."

La mano derecha dice: no hay pan. No hay dinero dice la mano izquierda.

"Entonces vendes tu formón..."

¿Mi formón? ... Se crispan las dos manos.

"Te darán apenas para pagar el microbús de ida y vuelta..."

"Vendes también el martillo, hombre"....

Protestan los callos de las manos.

Las manos duras de regreso a casa. Toman al niño menor.

Lo colocan a caballito sobre las rodillas.

El carpintero llora.

Pero que no lo vean, por favor...

Es macho recio el carpintero.

La mujer dice: "Te acuerdas cuando te caíste del andamio ese..."

Anda a ver si ahí mismo... a lo mejor..."

Silencio.

"Vendes también el martillo y el serrucho, entonces".

Silencio.

Ella disimula. No dice nada. Sólo las manos de la mujer dicen: nos arreglaremos de cualquier forma.

El carpintero acaricia el madero... de la mesa.

Le clavan el alma al Nazareno.

---







PRESTAMOS  
OBJETOS V.  
\$ 5 =  
ROPA \$ 5 =

Caja de Credito  
Popular





# 4. LA FUERZA DE LA ESPERANZA

Todos tenemos aquí una experiencia muy viva de los apremios y dolores que nos acarrea la carencia de tantas cosas necesarias.

Donde uno vaya, en la feria, en la micro, en la calle, cuando se junta la familia, no pasan cinco minutos sin que llegue el tema. Es un pan negro, este pan nuestro de cada día.

A ustedes que están trabajando para dulcificar las penas de los demás les toca una cuota aún más pesada de esta apremiante marea de dolor, de carencias, que nos invade. "No hay trabajo", "los sueldos no alcanzan", "he buscado por cielo y tierra... y no sé qué hacer". "No hay con qué parar la olla", "necesito plata para la micro para llevar al niño al hospital, "pero la libreta está ya con más de seis meses de atraso", "tanto que echo de menos la máquina de coser... tuve que venderla", "si pudiera poner al niño en un jardín infantil para poder trabajar yo puertas adentro que fuera", "convídemme un poco de azúcar para la mamadera"... , etc....

Realmente... si no tuvieran ustedes en su corazón esa cosa firme y sólida que pone Dios, el río de la desventura las arrasaría y llegarían a perder la esperanza y serían capaces de decirse "esto no lo para nadie". "la muerte se la está ganando a la vida"...

Pero no es así... Hay en ustedes y en mí una fuerza de convicción que va más allá de esta experiencia de dolor. Aún más, diría que está metida dentro de esta misma experiencia dolorosa, como la alegría del hijo que grita de vida entre los dolores y la sangre del parto. Es esa fuerza de convicción, esa fuerza del Espíritu de Cristo, la que las trae aquí a orar juntas y la que las hace perseverar en forma increíble en la tesonera tarea de dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, visitar al enfermo, atender al anciano y trajinar para ayudar al otro. Ustedes no quieren desmayar y esa fuerza de Cristo no las deja desmayar.

Algunas personas podrían decir: "lo que ustedes hacen no conduce a nada; no solucionará el problema de fondo. Es una esperanza contra toda esperanza. Es algo irracional"... Sin embargo, yo me atrevo a decir

que en esa esperanza contra toda esperanza humana, está lo propio de ese algo tan misterioso que es la fe. Allí justamente se está haciendo presente el misterio de Cristo vivido por los cristianos.

¿Recuerdan ustedes el relato del Evangelio en que se habla de los discípulos de Emaús? ... Los discípulos están viviendo un momento que es experiencia de derrota. Todo parece derrota. Van conversando de su tremenda desilusión..." no hay nada que hacer...: estábamos equivocados... Jesús perdió. El decía verdad, pero se la ganó la mentira... creíamos que El era poderoso, pero lo vencieron los personajes importantes, los fariseos, Pilatos, Herodes... Ahí está bien muerto, en el sepulcro de Nicodemo... qué desastre: lo insultaron, hicieron lo que quisieron con El, lo clavaron en la cruz con esos dos cogotos... Le dijeron: si tú eres el Cristo, desciende de la cruz,... ¡lástima! ... qué más se puede esperar... está sin vida... tuvo sed, tuvo hambre, fiebre, estuvo en la soledad más completa... y hasta huyeron sus amigos más íntimos... cierto... toda la esperanza y la ilusión se deshace ante el hecho tremendamente elocuente de la muerte... después de ese punto final no hay nada más que decir..."

Sin embargo, ustedes saben perfectamente que hubo mucho que decir y mucho que se sigue diciendo.

No cayeron en la desesperación general, ni El, Jesús, ni su madre María. Humildes y grandes, fueron los únicos que jamás titubearon en la esperanza.

El, que sintió todo el peso del dolor, del fracaso humano, fue el hombre de la esperanza. En medio de sus súplicas y lágrimas la noche de la agonía en el huerto, cuando parecían caer todas las estrellas y se derrumbaban todos los pilares, le brota, gritando, desde su corazón, el himno más impresionante de la fuerza de la esperanza: "Padre mío, si es posible aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Esta voluntad del Padre, esa tremenda y absoluta seguridad en su Padre, está brillando allí mismo, en medio de esta experiencia de

muerte y de pecado, está brillando contra toda esperanza. Jesús sabía hasta los tuétanos de su ser y más allá de toda experiencia en contrario que su Padre es Dios de vida, que su Padre no quiere la muerte de sus hijos sino la vida, la salvación, la libertad. Jesús cree, quiere creer, está seguro que el Santo y Poderoso sobrepasa toda medida posible e imaginable...

Y María, la madre del Señor: Véanla como está allí de pie, de pie junto a la cruz. "De pie..." en la actitud de la firmeza, en la actitud del caminante, en el gesto de la suprema dignidad silenciosa... Quién más sensiblemente que ella pudo experimentar el último límite de la impotencia. Su único hijo muerto, humillado, vencido. No puede dejar de sentir la espesa soledad del que ha perdido algo más que todo... Pero ella está allí no evadiéndose, no soñando, no compadeciéndose de ella misma. Está entera, toda ella enfrentada al aparente triunfo de la muerte.

Por su fe, por su esperanza contra toda esperanza, María sabe que ahí mismo, en el incomprensible dolor está naciendo una aurora, cuyas luces no aparecen aún, pero que han de venir...

La cruz y la muerte son como las raíces del misterio de Cristo vivo, vivo para siempre... Las raíces viven en la obscuridad de lo profundo. Las silenciosas raíces no tienen apariencia, ni brillo, hincan en la tierra, se sepultan en la humedad y se vuelven fuente de savia vital, solidez del árbol. De la obscuridad de la raíz apunta el color de las hojas y de las flores. Ellas están calladitas y arriba rumorea el árbol, brilla el sol, se llena de flores, frutos y nidos. Raíces y tronco, raíces y ramas, raíces y hojas y flores y frutos son el único y mismo árbol.

Usando una comparación más propia para ustedes, que son las magas de la cocina, yo diría que nosotros los cristianos, tenemos que ser como un pan amasado con esta harina de la muerte y resurrección de Cristo.

Pero fíjense bien cuál es la calidad de esta harina.

Cristo no dejó nada por hacer, aun cuando los nubarrones se venían encima. Cristo no botó las herramientas, no se encerró a lamentarse de

que no lo comprendieran. Cristo no se taimó diciendo "nò hay nada que hacer", mis enemigos no hacen sino ponerme obstáculos. Cristo trabajó y siguió trabajando hasta el último instante. Estábale llegando la muerte, y le tendía la mano al otro ajusticiado, al buen ladrón, al vecino de cruz. Estaba tan lleno de angustia y dolor como para ensimismarse y dolerse de sí; sin embargo, ¡no! ... tiene fuerza y ánimo para pensar en los demás: en sus propios verdugos para perdonarlos "no saben lo que hacen", en su madre y su futuro, en sus discípulos, en su Iglesia.

Entre la fuerza de Cristo trabajando por la salvación de los hombres en medio de la obscuridad de su Pasión y la fuerza triunfante de su Resurrección no hay corte alguno: es la misma savia poderosa del Amor divino que circula primero en la esperanza trabajosa de la raíz y en seguida se muestra plena y triunfante en el señorío de la Resurrección.

Así también nosotros que estamos llamados a seguir las huellas del Señor. No es verdadero cristiano el que bota las herramientas, ni es verdadero cristiano el que se refugia en el después del más allá para disculparse de no hacer nada en el hoy de aquí. El seguidor de Cristo no dice jamás "no hay nada que hacer"; dice "hay mucho que hacer, y yo hago mi poco, a pesar de todo". No dice "el problema del mundo es demasiado grande", sino "¿qué puedo hacer yo, qué podemos hacer nosotros? Aquí estoy, habla, Señor, que tu siervo escucha". No dice "es que no alcanzamos a atender a todas las necesidades de nuestro prójimo..." sino que dice "Pase para acá esas papas que yo las pelaré; traiga para acá esos vestidos, que yo los remendaré; si tenemos diez pesos, hagámoslos cundir y compartamos". No dice "qué son dos manos no más para tanto quehacer" sino dice "dame tu mano y la tuya y seremos cuatro, seis, diez..." "juntemos todos nuestros pocos y haremos mucho".

El verdadero cristiano tiene que pensar y actuar. No puede dejar de buscar la verdad. Tiene que preguntarse ¿qué pasa? ... no es posible que sean siempre los más pobres los que queden sacrificados para que se construya una economía a gusto de los grandes. No puede ser que este

mundo se diga cristiano cuando no se toma en cuenta el derecho y la necesidad de la mayoría de los hombres que son los pobres. El verdadero cristiano no puede ser conformista ni dejarse intimidar ante una verdad que salta a los ojos; no puede dejar de rechazar lo que es injusto. Yo no podré aceptar jamás que mueran nuestros niños de hambre y desnudos para que suban las acciones de las grandes compañías, no podré aceptar jamás que el mundo de los ricos despilfarre en lujos y armamentos lo que le corresponde en justicia al trabajador, a su mujer y a sus hijos, ni podré decir jamás que está bien una sociedad en la que el hombre no tiene un huequito para trabajar y ganar su sustento.

Cristo no claudicó nunca. Lo llamaron blasfemo y agitador del pueblo; pero El nunca aceptó llamar verdad lo que era mentira y violencia... Tiene encadenadas las manos frente a Pilatos, pero tiene libre el corazón como para poder decirle "si no te lo hubiesen dado de lo alto, no tendrías autoridad ninguna".

Podrán escribir cuarenta mil libros para probar que está bien, que los pobres tienen que esperar, aguantarse, enfermarse y ver crecer raquíticos a sus hijos y no tener cómo llegar a hacer valer sus talentos en iguales oportunidades de estudio y trabajo. Podrán hacer todas las teorías que quieran, pero yo no les creeré, porque esa cantinela la vienen escuchando los pobres desde siglos "esperen un poquito y van a ver cómo les llega a ustedes el rebalse de los ricos, las sobras de los que lo tienen todo". Eso, ustedes y yo lo sabemos desde que tenemos uso de razón; siglos de espera, siglos de desilusión, justicia que jamás llega; siempre hay una disculpa para esperar otro poco más "que hay guerra europea, que bajó el dólar, que subió el petróleo, que hay que incrementar la producción..." "esperen un poquito, esperen hasta que pase la vida..."

No, señor, el cristiano tiene que ser aguantador, pero no tiene por qué ser tonto. Dios bendice la humildad, pero no la pasividad y la fatalidad.

La esperanza cristiana es fuerte, paciente, perseverante, lúcida, valiente, activa. La Caridad se siembra aquí y se cosecha en la plenitud de

Dios; la Esperanza se empieza aquí antes de llegar al cumplimiento de la promesa. Lo que no se siembra no se cosecha; lo que no se empieza prácticamente con sudor y lágrimas, con ingenio y entusiasmo, no se alcanza en gozo.

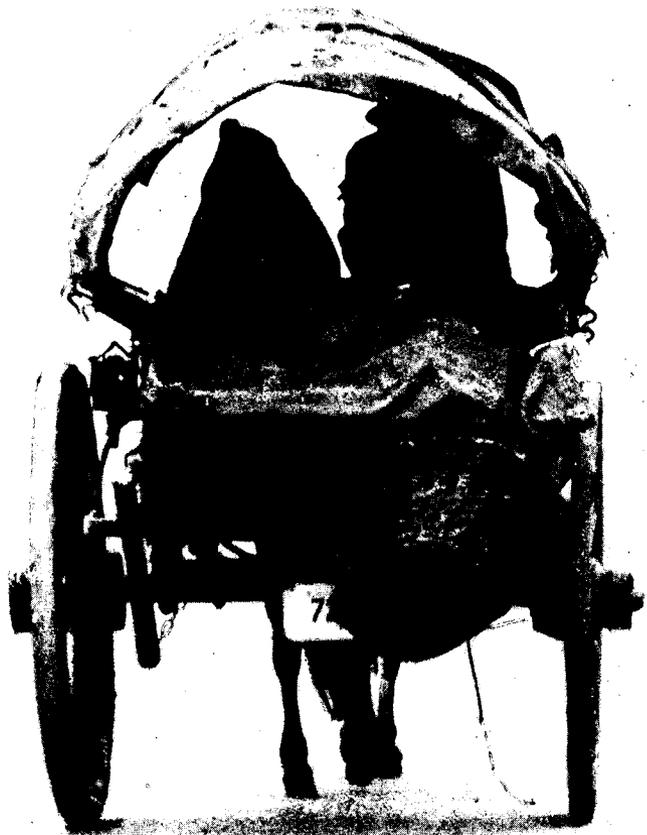
---





**“...tuve hambre  
y me diste  
de comer.”**

**“una aurora,  
cuyas luces  
no aparecen aún  
pero que han  
de venir...”**



*"Esta publicación  
cuesta editarla, envíe  
su aporte a la Vicaría  
de la Solidaridad".*

NOVIEMBRE 1976